

precedentes. Desde entonces se echó de ver envarra Antonio de Borbon, príncipe afable, bellas obras del tío el espíritu del sobrino, ó sea del cardenal Borromeo.

El proyecto de congregación un concilio nacional en Francia confirmó á Pio IV en la resolución de acelerar el concilio ecuménico. Como aquella nación era el blanco de todos los tiros de la heregia y de su compañera inseparable la discordia, se valia, á falta de los verdaderos remedios, de cuantos paliativos la parecían á propósito para suspender por lo menos la continuacion de sus males. Se habia descubierto una horrible conspiración, tramada en la Ferté Jouarre, en la que, en virtud de la decision doctoral de los ministros, profesores y abogados protestantes de Alemania, Francia y Ginebra, se habia resuelto tomar las armas para acabar con los príncipes de Guisa y al mismo tiempo con la Religión católica en Francia, protestando que no se tenia otro objeto que el de dar fin á los castigos impuestos por causa de Religión. El mismo rey y toda la familia Real estaban amenazados, segun algunos autores, en aquella conjuración, y el mayor número de los conjurados habian sido de parecer que se les tratase sin ninguna consideración, del mismo modo que á los demás defensores de la fé (1): acusación que recae principalmente sobre los ministros, cuyo feroz y orgulloso entusiasmo se irritaba con especialidad contra las clases superiores y poderosas. Al contrario, los príncipes y los demás personajes ilustres solicitaron, aunque se ignora si lo consiguieron, que prometiese toda la asamblea no derramar la sangre Real. A escepcion de esto, todo lo demás se tuvo por legítimo, con tal que un príncipe de la sangre, el cual era en el caso presente, segun decían ellos, el verdadero magistrado, quisiese ser el gefe de la empresa.

Confirió la secta este título al rey del Ná-
(1) Davil. l. 1. p. 31; Baz. Hist. Eccl. l. 1. p. 236; De Thou, y Brantom.

néfico y magnánimo, esforzado y valiente en la guerra, pero poco á propósito para el gabinete, el cual le era mas temible que el campo de batalla; y por último, tan amante de la quietud y de los placeres, que no fué posible inclinarle á aceptar un honor tan arriesgado. Su hermano, el príncipe de Condé, que tenia mas energía y menos prudencia, se determinó á representar este papel, pero con la condicion de que no habia de declararse hasta que la empresa se hallase en buen estado, bajo la direccion de un teniente que debian darle para las primeras tentativas. Se confió este encargo á Gofredo de la Renaudie, hidalgo natural del Perigord, que habia perdido la hacienda y el honor por una falsificacion, de cuyas resultas estuvo preso en las cárceles de Dijon. Pero habia logrado escaparse de ellas, despues de lo cual huyó á Berna, y ea seguida á Ginebra, donde abrazó el nuevo evangelio, pasando desde la clase de falsario á la de héroe de la secta. Para desempeñar su comision recorrió las provincias de Francia; animó á los conjurados, de los cuales llevaba una lista; aumentó su número, y despues de haber seducido á una infinidad de personas, las citó á Nantes, como que era un rincón del reino donde con dificultad podrian ser notados. Uniéronse todos con los juramentos mas terribles; tomó la asamblea el título respetable, ó mas bien ridiculo, de Estados generales ó cortes; deliberó acerca del modo, tiempo y lugar de la ejecucion, y dispuso de todo con una autoridad absoluta. Se acordó, entre otras cosas, que para ejecutar el proyecto pasasen por diferentes caminos á Blois, donde se hallaba la corte, quinientos hombres de caballería y mil de infantería, mandados por treinta gefes que se nombraron entonces (1560).

No dejaron los de Guisa de tener noticia de un secreto comunicado á tantas personas. Se les escribió acerca de él hasta desde Flan-des, Alemania, Suiza é Italia, adonde habia

penetrado; pero estaba tan distante de toda verosimilitud la empresa, que la miraban como una quimera producida por un terror pánico. Estretanto, habiendo ido La Renaudie á Paris para dar la última mano al proyecto, poniéndose de acuerdo con el príncipe de Condé y el ministro Chandieu, y manifestado el secreto al abogado Avenelle, en cuya casa estaba hospedado; Avenelle que era hombre de bien, aunque muy celoso al parecer por los progresos del calvinismo, marchó prontamente á Blois, y reveló al duque de Guisa todo lo que sabia acerca de la conjuración. No pudo decir si los Chatillones eran del número de los conjurados; pero habiéndolos llamado al momento la reina madre, dándoles grandes testimonios de confianza, se valió de la destreza que la era tan propia, y los manejó de tal modo, que quedó enteramente convencida de su complicidad. Sin darse todavía la corte por entendida, se trasladó desde Blois á Amboise, ciudad mas fácil de defender, como que tenia mucha menor estension, y estaba fortificada con un castillo muy bueno. Se cuidó de reunir muchas personas nobles, estuvo pronta la gendarmería (1), se pusieron guardas por todas partes, y se comunicaron órdenes en las provincias para que se tomasen las armas, y se prendiese á cuantos vagos y desconocidos se encontrasen en el camino de Amboise. Habiendo llegado entonces á esta ciudad el príncipe de Condé para declararse cuando fuese tiempo, como lo habia prometido, se vió precisado á detenerse allí, ya por la vergüenza de abandonar á los que se esponian por él, y ya por el temor de convertir en certeza la simple sospecha, única que, segun creia él, habia todavía acerca de su persona.

No fué muy difícil disipar una conjuración descubierta. La mayor parte de las gentes de La Renaudie fueron presas, ya en el paraje que

(1) Cuerpo de caballería en Francia, que era el primero despues de los de la casa Real.

se las habia señalado en las inmediaciones de Amboise, y ya en las selvas por donde atravesaban en pelotones para llegar allá. Fué acometido el mismo en la selva de Chateau-Renaud por su primo Pardaillan, adicto en estremo á la casa de Guisa; pero se anticipó á Pardaillan y le mató de una estocada; mas un criado de este disparó inmediatamente un fusilazo á la Renaudie, y le pasó la bala por en medio del cuerpo. Le llevaron á la ciudad, le pusieron en un patíbulo que habian colocado encima del puente; y luego que hubo servido de espectáculo al pueblo el tiempo que pareció necesario, fué descuartizado y clavados sus miembros en diferentes maderos al rededor de la ciudad. A su secretario, llamado La Bigne, le cogieron vivo, y habiéndole dado tormento, se supieron por este medio muchas cosas de grande importancia para lo sucesivo. Otras varias se supieron tambien por Castelnau, Mazeris y Raunay, que eran los principales oficiales de La Renaudie, y quedaron prisioneros. Despues de haber ajusticiado á los primeros conjurados que cogieron en el camino, habiéndolos llevado antes atados á las colas de los caballos, y ahorcándolos, calzados de botas, de las almenas de los baluartes, se perdonó á la muchedumbre por considerat que habia sido seducida, y se la obligó á que volviese á sus casas en término de veinticuatro horas, sin ir mas que de dos en dos, ó de tres en tres á lo sumo. Pero como en este intervalo hubiese intentado sorprender á Amboise uno de sus capitanes, llamado La Mothe, y se hubiesen reunido con nueva audacia los conjurados, se dió orden para cojer vivos ó muertos á cuantos pudiesen encontrarse, sin perdonar á los que se volviesen á sus casas. Hubo entonces una carnicería horrible; fueron horcadas infinitas personas en los muros de la ciudad y del castillo, y á otras muchas mas se las precipitó en el Loira. Severo, pero justo é indispensable castigo de una rebelión cuyas resultas, si hubiera triunfado, habrian

sido sumergir la Francia en todos los horrores de la anarquía.

Esta conspiración tramada para arruinar á los de Guisa, les proporcionó una elevación á que no habían llegado jamás. Con el título de teniente ó gobernador general del reino en ausencia y en presencia del rey, obtuvo el duque de Guisa el poder mas absoluto que había ejercido particular alguno desde el tiempo de los antiguos gefes del palacio. Para mas honrarle, le dió el parlamento el nombre de conservador de la patria. Por lo demás, se disimuló, contra su dictámen, con los primeros y verdaderos gefes de la conjuración, á saber: los Colignys y el príncipe de Condé, el cual fué preso despues, condenado á muerte por ceremonia y puesto en libertad inmediatamente. Como la política invariable de Catalina de Médicis fué conservar una especie de equilibrio entre el poder de los Guisas y el de los gefes del calvinismo, dejó que volviesen éstos libremente á las provincias, en las que eran mas poderosos que el rey. Toda la justificación del príncipe de Condé, acerca de la sospecha veheméntísima concebida contra su persona, se redujo á un desafío de caballero andante á cualquiera que se atreviese á sostener aquella sospecha: de suerte, que hallándose los gefes de la facción en estado de repararla, volvió esta á presentarse con el mismo orgullo que antes de los castigos de Amboise.

Carlos de Puis-Montbrun en el Delfinado, y Pablo de Mouvans en Provenza, se declararon abiertamente contra el rey, se apoderaron de muchas ciudades y cometieron terribles destrozos, hasta que los comandantes reunieron las tropas necesarias para disipar aquellos bandidos. Habiendo mediado el cardenal de Tournon, tio de Montbrun, en la causa de su sobrino, hasta concluir la felizmente, no dejó por eso el violento sectario de entrar poco despues en la conspiración de Maligny contra la ciudad de Lyon, cuyo arzobispo era el mismo cardenal. En Normandía era tan grande

la audacia que inspiraba al partido la altivez del almirante, que predicaban públicamente los fanáticos en las principales ciudades. En el otro extremo del reino, la reina de Navarra, Juana de Albret, hugonota furiosa, no se contentaba con proteger el error en sus propios Estados, sino que esparcía su contagio por toda la estension de la Guiena. Consternado con este terrible desbordamiento el cardenal de Lorena, propuso al Consejo que estableciese la Inquisición, y no precisamente la pesquisa de los herejes, hecha por algunos doctores asociados á los jueces seculares, como en el reinado anterior, sino una Inquisición propiamente tal, como la que el rey de España había establecido en su reino con resultados tan felices. El canciller L'Hopital convino en que aquel remedio podia adoptarse, y aun ser el único que fuese oportuno en un reino en que empezase á introducirse la heregía, y en que Felipe II había destruido felizmente el error en España con el suplicio de cuarenta y ocho personas: «pero en Francia, añadió, donde están inficionados con él millares de nobles y de personas del estado llano, no veo que se pueda usar de una severidad tan rigurosa sin que peligre el Estado.» Siguióse este dictámen moderado, y en consecuencia formó L'Hopital el famoso edicto de Romorantin, que tomó el nombre de la ciudad en que se hizo, distante ocho leguas de Blois, en la Soloña. Tomando por modelo la antigua Inquisición, que era enteramente episcopal, atribuye el conocimiento del delito propio de heregía á solos los obispos, con tal que presidan exactamente; y para impedir los turbios ó el trastorno del orden establecido, manda que los que enseñen la heregía en discursos públicos ó privados, los que tengan asambleas ilícitas, los que prediquen sin licencia de los obispos, los que escriban libelos á favor de las nuevas doctrinas, y los que los impriman, serán juzgados sin apelación por los jueces seculares, y castigados segun el rigor

de las leyes, como reos de lesa magestad divina y humana. La rábia de los sectarios contra un edicto mas bien indulgente que riguroso, al cual dieron el nombre de Inquisición Ultramontana, debió dar una idea del extremo á que llegaban sus pretensiones.

Se portaron con el mayor desenfreno y seguridad, bajo la protección de sus gefes; y mostró el gobierno tanta perplegidad é incertidumbre, que fué casi inútil la publicación del edicto. Se recurrió á nuevos proyectos, á nuevas deliberaciones, y á esa repetición de leyes, decretos, consejos y juntas que caracterizan á todos los gobiernos débiles y que solo sirven para hacerlos mas despreciables. Se celebró en Fontainebleau una junta de los principales individuos del Estado, presidida por el rey y con asistencia de los príncipes de la sangre y de los grandes oficiales de la corona. Allí empezaron á hacer sospechosa su fé Juan de Montluc, obispo de Valencia del Delfinado, y Carlos de Marillac, arzobispo de Viena en la misma provincia, por la acrimonia de sus invectivas contra el orden gerárquico, sin perdonar al Sumo Pontífice, y por unos planes de reforma análogos á los de los protestantes. Montluc pidió la convocación del concilio ecuménico, pero con el objeto de proponer el concilio nacional, en el que se debía admitir, dijo, á todos los que estuviesen reputados por teólogos entre los calvinistas, á fin de disputar contra ellos acerca de los puntos controvertidos en materia de Religión (1). Marillac dijo sin rodeos, que como siempre se mezclan los intereses humanos en los concilios ecuménicos, é imposibilitan casi de todo punto su buen éxito, era necesario contentarse con el concilio nacional. El almirante de Coligny, que era mucho mas osado, se atrevió á pedir, no solo que suspendiese el rigor de los decretos contra los calvinistas, sino que se les permitiesen las asambleas públicas, y se les conce-

diesen templos; y gloriándose del poder del partido, añadió que aquel era el voto de mas de cincuenta mil hombres de la provincia de Normandía, sin contar con las centenas de millares que había en todo el reino (1).

El cardenal de Lorena replicó que, si el almirante tenía á sus órdenes cincuenta mil sectarios, podia oponerle el rey millones de católicos, buenos vasallos (2). En cuanto á la petición de templos y de la libre profesión del calvinismo, sostuvo que no había cosa mas perniciosa al Estado que las novedades en materia de Religión; que aquellos que las profesaban se servían del nombre de Evangelio para escitar disturbios y rebeliones, que era necesario observar con la mayor vigilancia, y castigar con todo rigor á semejantes perturbadores encubiertos, y que sin embargo era de parecer que se tratase con indulgencia á los que se reunían sin armas, pues engañados con la máscara de Religión tenían mas bien necesidad de instrucciones y exhortaciones caritativas que de castigos. La mayor parte de los señores se declararon por el mismo dictámen; y por último, se espidió un edicto convocando los Estados generales ó Cortes del reino, á fin de disponer los obispos para el concilio nacional, en caso de que por retardarse demasiado el ecuménico no pudiesen lograrse las ventajas que se esperaban de él; y declarando que no se inquietaría á nadie con motivo de la Religión y que se suspenderían los suplicios, pero sin perdonar á los que hubiesen tomado las armas, ó escitado los pueblos á la rebelión. Este edicto, solicitado y promovido por el cardenal de Lorena, fué causa de que se manifestase de repente una multitud prodigiosa de calvinistas declarados, que á nadie causaron mas sobresalto que á los príncipes de esta casa.

Siendo entonces la situación crítica de la

(1) De Thou, l. 25.

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO V.

(1) Bez. Hist. Eccl. l. 3, p. 287.

(2) De Thou, l. 25; La Popel. l. 7, p. 204.

Francia el grande objeto de la solicitud pontificia, se determinó Pio IV á convocar desde luego el concilio ecuménico, quitando así el pretexto que alegaban los que proyectaban el nacional en aquel reino. Después de haber sondeado las disposiciones de los varios príncipes, los cuales manifestaron generalmente que lo deseaban con ardor, mandó disponer al momento la bula de convocación, que se publicó á 29 de noviembre de 1560, y señalaba la apertura en Trento para el día de Pascua, 6 de abril del año siguiente. Se evitó en ella el término de *continuación*, á instancia de algunos príncipes que temían chocar abiertamente con las preocupaciones de los novadores, á quienes todavía tenían esperanza de reducirlos al gremio de la Iglesia; pero se usó de términos equivalentes, diciendo

que se habían hecho muchos decretos en Trento, al principio en el Pontificado de Paulo III, después al restaurarse este concilio en tiempo de Julio III, y que luego había sobrevenido una suspensión, que ahora se levantaba: lo cual era decir con bastante claridad, que á los decretos ya dados se les atribuía toda la fuerza y vigor que podían tener los de un concilio siempre subsistente desde su primera apertura. Sin embargo, el rey de España, que se había indispuesto con Pio IV, por parecerle que este Pontifice se mostraba demasiado indulgente con el rey titular de Navarra, ofreció no pocas dificultades sobre la referida explicación, y calificó de disfráz pernicioso lo que no era mas que una contemplación prudente y sin consecuencias en el fondo.

LIBRO SEXAGÉSIMO-QUINTO.

Desde la tercera convocacion del concilio de Trento en el año 1560, hasta su conclusion en el de 1563.

HALLÁNDOSE todavía en su infancia el calvinismo, durante los reinados de Francisco I y Enrique II, estaba, por decirlo así, sin fuerzas, sin planes, sin gefes, sin concierto, y se defendía sin ningún sistema contra los continuados esfuerzos que se empleaban para reprimirle. Entretanto, á manera de una tempestad fuaueta que encerrada mucho tiempo en el seno de una nube se inflama con su misma compresion, y luego que halla libre salida lleva

por do quiera la desolacion y el destrozo, del mismo modo el partido calvinista, habiendo pasado en tiempo de Francisco II desde una sujecion suma á una suma libertad, fué tanto más terrible la explosion, cuanto á esta faccion se añadió una de las dos en que se dividió entonces la corte. Dos familias que eran las primeras después de la casa reinante, y que precedian sin disputa á todas las demas, tenían divididos entre sí el favor, los honores,

los grandes puestos, el crédito y la autoridad, á saber, la casa de Guisa y la de Montmorenci.

El gefe de esta última era Anno de Montmorenci, condestable de Francia y mayordomo mayor del rey, famoso en los dos reinados anteriores, siéndolo tambien en los dos siguientes, hombre de consumada prudencia y experiencia, gran militar, aunque algo mas soldado que general, gran político, muy inteligente en materia de rentas, muy aplicado al trabajo, dotado de una memoria singular y de un juicio recto, de una firmeza superior á todas las vicisitudes de la fortuna, y de tal grandeza é igualdad de ánimo, que ni le abatían las derrotas, ni le ensoberbecían las victorias. Era tambien hombre de probidad y de rectitud, invariablemente adicto al Estado y á la Religion, de la cual no fueron capaces de separarle jamás los enredos é intereses de familia, y tan fiel en el cumplimiento de las prácticas católicas y aun de sus devociones acostumbradas, que ni las omitía, ni las difería aun en medio del tumulto de la guerra. Era muy amante del buen orden y rígido conservador de la disciplina; de suerte, que estando algunas veces en oracion durante la campaña, solía interrumpir de repente su piadoso ejercicio, y decia: «A ese merodeador, que le ahorquen del primer árbol: peguen fuego á esa aldea que se atreve á tomar las armas contra el rey,» después de lo cual continuaba haciendo oracion como si no se hubiese distraído. Su carácter, naturalmente poco flexible, se había hecho mas rígido con una educacion severa, la cual le dejó por máxima esencial, que nada se sabe cuando no se sabe sufrir. Por tanto le temían todos, de cualquier clase que fuesen, pues á la primera falta los trataba sin ningún miramiento. Esto es lo que únicamente se puede echar en cara á este hombre respetable, y quizá un apego algo excesivo á los bienes de fortuna, pero sin perjuicio de su inviolable probidad.

Era todavía muy poderoso su partido, así por las cualidades de sus cinco hijos, todos dignos de su nombre, como por los tres Chatillones, hijos de su hermana, todos tres perfectamente unidos entre sí, y muy estimados de la tropa. El almirante de Coligny, que era el mayor, era muy celoso, caminaba siempre con firmeza al fin que se había propuesto mostrando tanto mas ardor y esfuerzo cuanto mas dificultades encontraba, y era incapaz de abandonar la empresa que tomaba á su cargo. Había sido amigo del duque de Guisa; pero una vez enemistado con él, se tuvo por imposible su reconciliacion. Como era naturalmente melancólico y taciturno, quizá no hubiera hecho grandes progresos siendo gefe de los calvinistas, á pesar de la ferocidad que los caracterizaba, á no haber sido por su hermano Andelot, coronel general de la infanteria francesa, y guerrero intrépido, no menos reservado que el almirante, pero de un genio mas flexible y mas á propósito para insinuarse. Era Andelot el que le había inspirado la aficion á las nuevas doctrinas, cuya primera tintura había adquirido él mismo en los libros de los novadores, que leyó estando prisionero de guerra en país extranjero, y verosimilmente aun antes de esto en las preocupaciones de su madre Luisa de Montmorenci, hugonota de las mas resueltas. Lo que han dicho algunos historiadores, á saber, que los Chatillones fueron calvinistas porque los Guisas sus rivales eran católicos, es una de aquellas frases en que se sacrifica la verdad de las cosas al antitesis con que se espresan, ó á una conveniencia imaginaria. Pero lo que seguramente contribuyó mucho á aumentar la faccion de los Colignys, fué el carácter del cardenal Odet de Chatillon, obispo de Beauvais y el tercero de estos hermanos; prelado frívolo y voluptuoso, diestro en insinuarse, afable, cortesano sutil y negociador muy hábil. Ya sea por la superioridad del talento, ó por circunstancias casuales, adquirió este partido tanto imperio en la corte, que ar-